

EL PAPEL DEL HUMANISMO Y EL EMPIRISMO EN LA CONFORMACIÓN DEL CAMPO DE ESTUDIO EN COMUNICACIÓN

Jesús Octavio ELIZONDO MARTÍNEZ¹

Algunos historiadores de la comunicación proponen que el campo de los estudios en comunicación en América del Norte nació, o por lo menos se puede decir que se incubó, durante las primeras décadas del siglo xx con los escritos de John Dewey (1859-1952), Charles Horton Cooley (1864-1929) y Robert Ezra Park (1864-1944). A ellos tres se les ha llamado la Escuela de Chicago; fueron académicos humanistas quienes concebían a la sociedad como un organismo en evolución, en desarrollo (Babe 2000, 19). En el texto colectivo “Humanism and its Aspirations” –que es una versión del Manifiesto Humanista de 1933– se lee: “el humanismo es una filosofía progresista de la vida que, sin una concepción supranaturalista [mística], afirma nuestra habilidad y responsabilidad para vivir de manera ética, realizándonos personalmente y aspirando al bien común de la humanidad” (Dewey 2003, 1).²

¹ Departamento de Ciencias de la Comunicación, Universidad Autónoma Metropolitana, Cuajimalpa. Correo-e: jelizondo@correo.cua.uam.mx.

² En el original: Humanism is a progressive philosophy of life that, without supernaturalism, affirms our ability and responsibility to lead ethical lives of personal fulfillment that aspire to the greater good of humanity.

Estos humanistas norteamericanos veían a los medios de comunicación como los lazos que vinculan, o al menos que deberían unir, a los diferentes actores sociales. Se les puede llamar humanistas más que científicos sociales debido a su sesgo hacia el razonamiento analógico; por ejemplo: a concebir la sociedad como un organismo, al tren como las venas por las que corre la sangre, al tendido del telégrafo y teléfono como los nervios, y porque además les preocupaba el problema de la democracia y la comunidad, conceptos difícilmente cuantificables. Si a esto unimos que pertenecían a la tradición idealista y pluralista de pensamiento –ya que preferían especular acerca de las posibilidades de unos nuevos medios de comunicación que enriquecieran la vida individual y comunal– en oposición a la observación de la forma en que, de hecho, los medios se han desarrollado y funcionado en el mundo real, desde sus relaciones de poder asimétricas. A la Escuela de Chicago la animaba la posibilidad de que la naciente industria de la comunicación pudiera educar al público y ayudar a la creación de una *gran comunidad* (*Great Community*). Concebían a los medios como una fuerza de cohesión, proveedora de conocimiento y facilitadora del diálogo (Babe 2000). Así, Dewey dirá que: “Men live in a community in virtue of the things which they have in common; and communication is the way in which they come to possess things in common” (Dewey 1915, 4).

Mediante la noción de instrumentalismo, Dewey plantea que las tecnologías son instrumentos para resolver problemas y conforme éstos cambian, también lo hacen los instrumentos. En consecuencia, es fácil pasar del instrumentalismo a una doctrina que considere un desarrollo inevitable a través de la evolución de la tecnología. En el primer párrafo del manifiesto se puede ver la relación que guardan, desde esta perspectiva, el humanismo, la evolución de la sociedad, el arte y la tecnología:

El conocimiento del mundo se extrae de la observación, la experimentación y el análisis racional. Los humanistas juzgan a la ciencia como el mejor método para determinar este conocimien-

to así como para resolver conflictos y desarrollar tecnologías benéficas. Reconocen el valor de nuevas formas de pensamiento, de las artes y de experiencias internas, todas ellas objeto de análisis por parte de la inteligencia crítica (Dewey 1933, 1).

Para la Escuela de Chicago la gente vive en un nexo permanente de comunicación tal y como lo expresa Dewey en el apartado sobre educación y comunicación de su libro *Educación y democracia*:

La sociedad no existe únicamente gracias a la transmisión o por la comunicación, sino que existe en la transmisión, en la comunicación. Existe algo más que una relación verbal entre las palabras común, comunidad y comunicación, [ya que] los hombres viven en comunidad en la medida de las cosas que tienen en común y la comunicación es la manera en que llegan a tener cosas en común (Dewey 1916, 4).

Las comunidades para estos teóricos no están constituidas por individuos que simplemente transmiten mensajes entre sí, sino que las comunidades son definidas por el tipo de relaciones y por el patrón de relaciones que establecen entre ellos. Los medios de comunicación *contienen* a las comunidades y a los individuos que las constituyen (Babe 2000). La comunicación es, al mismo tiempo, la causa y el remedio de la pérdida de la comunidad social y de la democracia política.

Un contemporáneo de Dewey en la Universidad de Chicago fue Thorstein Veblen, economista político “inconformista” (Babe) y “marxista tecnócrata”. Rara vez mencionado en la literatura sobre estudios de comunicación, Veblen es, sin embargo, un escritor con un gran pensamiento original en comunicación y sus ideas se pueden encontrar de manera sobresaliente en los escritos de Harold Innis. En su primer libro, *La teoría de la clase ociosa* (escrito en 1899), Veblen concibe lo comunicativo como opuesto a la característica utilitaria de los bienes de consumo, es decir, la gente emite mensajes mediante sus posesiones, sus

hábitos y su modo de utilizar su tiempo de ocio; los objetos de consumo no sólo significan ciertas cosas, también “median” las relaciones humanas. La vestimenta, las formas de transporte, la habitación... son señales, marcas de las diferencias de clase (Babe 2000, 21). En trabajos posteriores expone su idea de los objetos, que considera verdaderas instituciones que apoyan la comprensión y el entendimiento y constituyen las suposiciones de cada cultura y subcultura, siendo la base sobre la cual la cognición y la interpretación se sostienen. Por ejemplo, si estamos acostumbrados a pensar sobre las cosas de manera instrumental, nos preguntaremos acerca de la naturaleza de forma muy diferente que si concebimos todos los elementos del mundo como intrínsecamente relacionados e interdependientes. Los estudios de Veblen también incluyen el tema de las tecnologías, a las cuales define como *hábitos de acción*, como una “práctica formalizada”. Estos hábitos de acción serán las creencias en el pensamiento peirceano y en el pragmatismo psicologista de William James. Implícita en su trabajo está la noción de que aquellos grupos que controlan cierta tecnología importante o cierta práctica ejercen control sobre la cultura y el cambio cultural. Ésta fue una de las teorías que retomó A. H. Innis en su teoría de la comunicación (Babe 2000).

A pesar de sus ideas progresistas, los teóricos de la Escuela de Chicago fueron ignorados en los Estados Unidos durante las décadas de 1920 y 1930. La Primera Guerra Mundial y la Gran Depresión económica opacaron todo sistema de pensamiento que propusiera un progreso inevitable, sostenido y para beneficio de los ciudadanos. Además, durante esas dos décadas oscuras, los medios de comunicación fueron usados implacablemente con fines propagandísticos y publicitarios, y no para la “iluminación” o para la creación de la *gran comunidad* democrática que Dewey soñara (Babe 2000). La mayor falla de la Escuela de Chicago fue su negativa a abordar la realidad social y económica de los conflictos del presente. Mientras por un lado reconocieron el potencial político de las tecnologías de la comunicación como medios para la

transformación industrial de la sociedad en esa gran comunidad, por el otro ignoraron la distribución del poder que Innis denominó *monopolios del conocimiento*, dejando en claro que no eran economistas políticos.

Durante la década de 1930, se gestó en los Estados Unidos la Escuela de Investigación en Comunicación conocida como *Mass Communication Research*, con un sesgo marcadamente estadístico y experimental, que fue la base de la mercadotecnia moderna, entre otros estudios cuantitativos. Atrás quedaron los objetivos utópicos de una comunicación en aras de la iluminación de la sociedad, la creación de la gran comunidad democrática y el bien común. Ahora los objetivos tenían que ver con la medición de la audiencia y la opinión, el comportamiento en el consumo de bienes materiales o servicios, la recepción de la propaganda y la publicidad. Exponentes más visibles de esta escuela fueron Felix Lazarsfeld, Harold Laswell y, más adelante, Wilbur Schram. No obstante, ambas escuelas compartían el carácter empírico resultado de la herencia del pragmatismo estadounidense.

La Escuela de Chicago ayudó a difundir en Norteamérica las ideas filosóficas propias del empirismo inglés. En el campo de la comunicación y la educación, así como en muchos otros, Dewey había sido uno de los exponentes más convencidos del empirismo y, por lo tanto, del sesgo pragmatista en la argumentación filosófica. En gran medida es por esto que se le considera el heredero más consistente del pensamiento de Charles Sanders Peirce (1839-1914) y William James (1842-1910) en el ámbito de la política y la educación. La idea central del pragmatismo es que el conocimiento tiene valor siempre y cuando pueda ser aplicado, puesto en práctica. Esta idea fue elaborada por James a partir de la máxima pragmática de Peirce que dice que para conocer el significado de un concepto abstracto que tengamos en mente habrá que observar las repercusiones prácticas que de este concepto podamos imaginar en el mundo (Elizondo 2006). Es preciso aclarar que el pragmatismo de Peirce previene de una teoría lógica del signifi-

cado y no de la psicología como lo emplea James. En apariencia, el pragmatismo combinado con una visión progresista y algo de instrumentalismo constituye una postura filosófica en concordancia con una orientación administrativa y pluralista propia de Estados Unidos. En este sentido, no se trata de ver la propuesta de Dewey como el “camino no seguido” (Babe 2000, 22), sino más bien como parte de un movimiento de carácter pragmatista mucho más amplio y en el que jugó un papel importante.

Debemos a Dewey haber impulsado la publicación de los manuscritos de Peirce en 1914, después de su muerte. Los textos fueron compilados en ocho volúmenes bajo el título de *Collected Papers* por la Harvard University Press. Si bien el pragmatismo de carácter instrumentalista desarrollado por Dewey fue una de las vertientes más fructíferas de esta teoría, hubo otros pensadores que lo llevaron a otros horizontes relacionados con la comunicación. George Herbert Mead (1863-1913) fue el fundador de la psicología social “ámbito donde la herencia pragmática alcanzó los resultados más extraordinarios” (Sini 1999, 46). Dewey y Mead se conocieron en Chicago donde colaboraron en sus indagaciones y donde Mead desarrollaría el conductismo social. Discípulo de Mead, Charles Morris (1901-1979) se abocó a estudiar:

el tema del lenguaje (científico y no científico), a partir del conductismo social de Mead y, sobre todo, de la semiótica o teoría de los signos de Peirce. [Sobre la base de que] toda función comunicativa se lleva a cabo mediante signos, signos, que, a su vez, pueden ser estudiados desde tres perspectivas diferentes (Sini 1999, 47).

Estas tres perspectivas o niveles son la sintaxis, la semántica y la pragmática. La primera estudia las reglas que rigen la relación de los signos entre sí, como en el caso de la gramática. La semántica se aboca al estudio de los signos y sus significados, y finalmente la pragmática estudia la relación de los signos con sus usuarios en la acción interpretativa “o como decía Peirce al hábito ‘inter-

pretante', que los asume precisamente como signos y los inserta en la cadena de las consecuencias prácticas que de ellos derivan" (Sini 1999, 47). Las tres perspectivas juntas forman una gran *ciencia unificada*, proyecto que Morris abrazó en los años treinta junto con los teóricos lógicos del Círculo de Viena con Rudolf Carnap al frente de ellos.

La pragmática, nos dice Sini, "constituye el terreno en el que toda la influencia de la escuela pragmática, desde Peirce y James hasta Dewey y Mead, puede establecer un diálogo con las tesis específicas del neopositivismo" (Sini 1999, 47-48). Por último, cabe mencionar la obra de John Roger Searle (1932), quien continuará desarrollando la teoría de los actos de habla de J. L. Austin y pondrá el énfasis en la cuestión de la intencionalidad, mostrando "su genuina comprensión del pragmatismo, cuyo núcleo consiste precisamente en la completa reducción del significado a la acción significativa" (Sini, 1999, 53). En el campo de la filosofía y de la lógica en particular resaltan los nombres de Donald Davidson (1917) quien estudió la relación entre pragmatismo y filosofía analítica, Hilary Putnam (1926) que centró su investigación en la relación mente-realidad y finalmente Richard Rorty (1913) quien "trató de escapar, como Davidson y Putnam, a la angustia provocada por su inicial formación neopositivista, pero para ello se acercó, más que a James, a Dewey" (Sini 1999, 51). El recurso a la práctica tiene como objetivo:

mostrar cómo y de qué están hechas nuestras ideas, dónde se originan nuestros hábitos, y porqué estamos dispuestos a interpretar y a responder de un cierto modo y no de otro [y es que] los impulsos y los intereses son ya hábitos de un sujeto, de modo que este sujeto no es una premisa, sino un resultado, como mostraron Peirce y Mead (Sini 1999, 54).

Así pues, una práctica es algo empírico y trascendental al mismo tiempo. Hay en ella una gran cantidad de hábitos heredados y, sin embargo, presenta también una nueva perspectiva novedosa, un

nuevo sentido del obrar. Chauncey Wright dio el primer paso al hablar del “nuevo uso de viejas facultades” como principio explicativo de la evolución de la inteligencia. Tomemos como ejemplo la práctica de la escritura: ciertamente surge de hábitos y consolidados (de haber interpretado en un cierto modo, decía Peirce), como el grabado en la piedra y otros similares; pero la escritura, más adelante, logra ensamblar esas distintas habilidades en un nuevo uso, que da lugar a un nuevo sentido del grabado.

A partir de aquí comienza una serie infinita de consecuencias establecidas que dan cuenta, a su vez, de múltiples umbrales: de los pictogramas rupestres a los caracteres cuneiformes, de los jeroglíficos y los silabarios semíticos al alfabeto. Cada umbral es, por su parte, albor de muchos nuevos umbrales. Así la escritura, por ejemplo, modifica poco a poco no sólo los soportes (de la piedra al papiro, del pergamino al papel y de ahí a la pantalla del ordenador), sino también las técnicas de grabado puestas en juego en cada ocasión (incisión, esgrafiado, escritura a mano con tinta, imprenta, mecanografía, registro en la memoria electrónica). Son precisamente estas diferencias empíricas las que modifican los objetos que se van produciendo y los sujetos que se relacionan con ellos. Es necesario observar con detenimiento estos umbrales empíricos: no es tarea del filósofo tratar de asumirlos ingenuamente, dirigiendo su mirada hacia alguna suerte de historia de la escritura. Ni la “escritura” ni la “historia” existen en ninguna parte como presuntas realidades en sí: historia y escritura son objetos mentales, signos conceptuales posibilitados y evidenciados precisamente por la práctica de la escritura. Se trata de objetos que se construyen en el interior de las prácticas de escritura determinadas en cada ocasión. De este modo, no es la misma idea de escritura la que encontramos en las cabezas de los griegos que se desternillan de risa en el teatro porque el malicioso Aristófanes ha hecho aparecer en escena a un hombre absorto en la lectura de un papiro, sabiendo que una actividad tan extravagante e insólita habría de producir el deseado efecto hilarante en sus espectadores analfabetos, que la idea de escritura que está en la mente de un monje de la Alta

Edad Media dedicado a recorrer y a rumiar, salmodiando ensimismado, los pergaminos miniados del gran misal situado en el centro del coro. Tampoco es la misma idea de escritura que pudiera tener el intelectual ilustrado que hojea los volúmenes de la Enciclopedia, ni la de nuestro contemporáneo que alquila un “vídeo” para proyectarlo en su televisión privada. No es la misma idea y sin embargo, en cada nuevo tipo de práctica de escritura convergen sus precedentes, que son reinterpretados desde ese nuevo punto de vista, constituyéndose poco a poco en un concepto unitario de escritura como resultado global (Sini 1999, 55-56).

Y es que una práctica es algo empírico y trascendental al mismo tiempo.

EL CASO DEL PENSAMIENTO CANADIENSE EN COMUNICACIÓN

Los autores fundacionales del pensamiento canadiense en comunicación son Graham Spry (1900-1983), Harold Adam Innis (1898-1972), John Grierson (1898-1972), Dallas W. Smythe (1907-1992), C.B. Macpherson (1911-1992), Irene Spry (1907-1998), George Grant (1918-1988), Gertrude Joch Robinson (1927-), Northrop Frye (1912-1991) y Marshall McLuhan (1911-1980). En el trabajo académico de cada uno podemos identificar un enfoque crítico sobre el objeto de estudio. Todos coinciden en su rechazo a la idea de que el cambio tecnológico conlleva invariablemente un beneficio para la humanidad. En el marco del pensamiento canadiense en comunicación, la crítica a la tecnología comienza con Innis. Fue un fundador de la teoría de la dependencia y previó el colapso de la civilización occidental, de seguir por el camino del crecimiento de las tecnologías de la comunicación actuales: “Las condiciones que permiten la libertad de pensamiento están en peligro de ser destruidas por la ciencia, la tecnología y la mecanización del conocimiento y con ellas, la civilización occidental” (Innis 1964, 190).

En este sentido, para Dallas W. Smythe el término *tecnología* es un concepto abstracto y vacío que se ha usado para cubrir una estrategia perversa del capitalismo industrial que, bajo el señuelo de un progreso inevitable y un supuesto orden de las cosas, lleva a cabo una permanente dominación y explotación. Smythe relacionó a la comunicación electrónica con la racionalidad del sistema capitalista, asimismo vio a la tecnología, en general, y a los medios de comunicación, en particular, como máquinas adiestradoras (“*teaching machines*”) concebidas para inculcar los valores capitalistas que, entre otras cosas, materializan una compleja red de relaciones de poder que tiene como fin mantener la inequidad social. Tanto a Smythe como a Innis les preocupó cuán rápidas y devastadoras pueden ser las tecnologías modernas al destruir modos de organización basadas en el amor, el parentesco, la tradición, la totalidad y la empatía. El avance tecnológico para ellos, conlleva un retroceso en la medida en que es empleado para transformar las relaciones no mercantiles en bienes y servicios vendibles. El análisis sobre la tecnología que hace George Grant no difiere mucho del realizado por Innis y Smythe, ya que aquél entendía el cambio tecnológico como un proceso que borraba los valores que no se insertaban en su lógica y que pretendía crear un mundo donde las relaciones humanas resultaran homogéneas. Northrop Frye hace un recuento igualmente desalentador de los efectos de los medios de comunicación: por un lado, dice que los medios han sido concebidos para invadir y tomar control de la mente humana, para él “el último refugio de la privacidad” (Babe 2000, 317). Además, los medios llevan a la introversión en la medida en que las personas se inclinan por la comunicación mediada tecnológicamente en detrimento de la comunicación cara a cara. Otros autores han señalado el bien potencial del cambio tecnológico como C.B. Macpherson, quien en su trabajo sostiene que la tecnología posee el potencial para que la gente pueda buscar su desarrollo personal; sin embargo, no niega el hecho de que la tecnología en general y los medios de comunicación en particular

son usados para enaltecer el individualismo y el consumo. John Grierson denuncia el control de los medios por los publicistas y “otras fuerzas antidemocráticas” (Babe 2000, 318), y afirma que los medios podrían ser empleados para beneficio de la democracia y para alcanzar un estado de la civilización más igualitario. También Graham Spry reconoce el uso antinacionalista y antimunitario que los medios hacen cuando son dejados en manos de los intereses comerciales y privados, pero admite que esta tendencia podría revertirse si los ciudadanos tomaran el control de los medios de comunicación masiva, posición secundada por Dallas W. Smythe. Finalmente, está McLuhan quien en algunos momentos acepta que las tecnologías de la comunicación electrónicas poseen un rasgo totalitario, pero en otros profesa un encantamiento candoroso con el potencial comunitario de estos medios. En el último párrafo de su exhaustivo libro sobre el pensamiento canadiense, Babe concluye que los estudiosos canadienses que han reflexionado sobre la comunicación contemporánea se distinguen de sus colegas estadounidenses, en que no comparten las ideas de progreso tecnológico y libre flujo de información que caracterizan al pensamiento y a la política norteamericana: en este sentido los canadienses son, paradójicamente, más conservadores.

Es posible concluir de manera general que la mayoría de los autores pertenecientes a la escuela canadiense de pensamiento en comunicación coinciden en condenar el sistema social que privilegia al mercado como el eje rector de la organización humana y, por consiguiente, la subordinación de los medios de comunicación a los intereses comerciales. Para estos teóricos, el mercado es la causa de un individualismo irresponsable mientras que la existencia humana se basa en la contingencia de las acciones de los demás. Cada uno de los autores estudiados en este apartado nos pide que consideremos críticamente el entorno mediático en el que nos encontramos inmersos para “liberarnos” de las prácticas mediáticas que no promuevan el bien común (Babe 2000) y a *resistir* para ser más libres.

BIBLIOGRAFÍA

- BABE, Robert E. 2000. *Canadian Communication Thought. Ten Foundational Writers*. Toronto: Toronto University Press.
- DEWEY, John. 2003. *Democracy and Education*. (Original de 1916) Nueva York: Macmillan.
- ELIZONDO, Jesús Octavio. 2012. *Signo en acción. El origen común de la semiótica y el pragmatismo*. México: Paidós Comunicación.
- . 2009. *La escuela de comunicación de Toronto. Comprendiendo los efectos del cambio tecnológico*. México: Siglo XXI Editores.
- SINI, Carlo. 1999. *El pragmatismo*. Madrid: Akal.
- VEBLEN, Thorstein. 1987. *La teoría de la clase ociosa* (escrito en 1899). México: FCE.
- WIGGERSHAUS, Rolf. 2010. *La Escuela de Fráncfort*. México: FCE/UAM.